

mo el encarcelamiento y la proscripción. Este ambicioso abate, Thersites de las malas pasiones, aspiraba al pontificado supremo. A pesar de ser ardiente carbonario, repugnaba *la Joven Italia*, porque siendo Mazzini su competidor en gloria, le tenía por un rival odioso. Gioberti se refugió en Lausanne, porque allí gritaban: *¡Abajo Dios!* (1) Strauss estaba en correspondencia con él.

Strauss con su nuevo dogma, en el cual se declaraba que Jesucristo era un mero símbolo, y que la Biblia no pasaba de una conseja, pertenecía á todas las sociedades secretas de Alemania. En aquella época predicaba Strauss el ateísmo.

Llevaba tiempo de estar establecido allí también Pelegrino Rossi, otro hombre de no menos nombradía.

Nació Rossi en Carrara, y su vida, toda de aventura, fué una verdadera caza de la fortuna. Su primer entrada en el mundo político fué bajo Murat, de individuo del *gobierno provisional* de Bolonia, cuando quería Joaquín apoderarse de la Italia. Empezó la fuga tan luego como fué derrotado su protector; y encargado en Suiza por el alta dieta de la revisión del pacto de 1815, presentó un dictámen que llevaba los principios del *radicalismo* hasta el último grado de esceso, y terminaba por consultar la destrucción del sistema federal. Poco debía tardar en perder toda su popularidad este carbonario, mal visto por Mazzini. ¿Ni cómo podía ser el hombre de *las nacionalidades*? Napolitano en Calabria, suizo en Ginebra, toscano en la primer asamblea de Florencia, romano en los salones del Vaticano, era Rossi *el hombre de todas partes* por excelencia. Ciudadano viajante de todos los países, había adoptado un nuevo género de patria; una patria que no se hallaba todavía inscrita en mapa alguno; la de los sueldos, los honores y los ministerios. Cuanto á sus convicciones políticas, variaban al par de las circunstancias; y era republicano en los clubs de los demócratas, y realista en la cámara de los Pares.

Escaso era el poder de las sociedades secretas en su origen; pero en Suiza y en Italia, lo mismo que en Alemania y Francia, suplían la falta de fuerza con audacia y mentiras; y los crédulos á quienes engañaban, tenían por jayanes descomunales á unos enanillos miserables y ridículos. A la sombra de los misteriosos terrores que sabían esparcir en torno suyo, crecieron formidables los carbonarios, jactándose de hallarse *en todas partes y en ninguna*; pero esto no obstante habría inspirado compasión antes de Julio de 1830 la revista de esos famosos ejércitos, si á punto fijo se hubiese sabido lo que era en realidad aquella fantasmagoría.

(1) También gritaban: *¡Abajo los que tienen criados!* Gioberti estuvo también establecido en Bélgica.

Presididas por Mazzini, las sociedades secretas fueron adelantando diariamente. Este genovés, jefe de *la Joven Italia*, instituyó clubs en todos los países para atizar el fuego de las revueltas, y para seguir, al través de los escombros y la sangre, el sueño de la república universal. Llamó á sí á todos los aventureros polacos, judíos errantes de la rebelión; á todos los atrincheradores parisienses, esbirros ofrecidos á todas las perturbaciones sociales; y les mandó la desmoralización de la Europa. Organizó por fin los *cuerpos francos* ó *condottieri*, especie de *malandrines* y de prácticos, ó *derroteros*, encargados de la propaganda de las ideas democráticas *seides*, que hacia mover por un hilo invisible, y que á la voz de orden, debían marchar por derecha é izquierda, y trabajar con el hierro y las teas en la mano, en la emancipación de las naciones, y en la redención de la humanidad (1). Ya apuntaba el comunismo; y el socialismo debía seguir.

En Friburgo estaba datado el primer boletín revolucionario, triste y fatal eco de la victoria de Julio, que abría la serie de los desastres de la Europa.

—“Nosotros queremos derribar las monarquías, escribía Armando Carrel á Anselmo Petetiu en 1834. Está bien; pero una vez terminada esta lucha, tendremos que sostener otra inmediatamente con esa turba de imbéciles furiosos, que están en nuestras filas (2).”

—“Vosotros no sois más que unos mentirosos é hipócritas, decía Prudhom más tarde á sus hermanos y amigos. Vuestras doctrinas son tan asquerosas como ridículas (3). Ciudadano *Luis Blanc*, vos no sois más que un *masculador de tortas políticas*. Ciudadano *Pedro Leroux*, vos no sois más que un *maltusiano* (4) *ecléctico, liberal, patron, ateo y propietario*. Cuando uno de vosotros dice: *¡MATA!* el otro responde: *¡APLASTA!* (5)!”

Escuhemos entre tanto á Mazzini, jefe de una nueva religión: ha escrito sus planes y su objeto; es una especie de catecismo. Va á dejar hablar al oráculo.

INSTRUCCIONES Y MEDIOS.

“En los grandes países como la Francia, la regeneración debe ser hecha por el pueblo; en los otros, especialmente en Italia, por los príncipes.”

“El *Papa* entrará en la vía de las reformas *por necesidad*: el *rey del*

(1) Ramorino era uno de los capitanes de estos cuerpos francos. Mazzini le envió á intentar una expedición contra la Saboya, que fué tan deplorable como ridícula.

(2) Cretineau-Joly, *Historia de Sunderbund*, tom. 1.º pág. 227.

(3) El mismo pág. 108.

(4) Por seguir la doctrina de Maltus, célebre economista inglés, distinguido especialmente por una obra sobre la dicha de la humanidad.... teorías seguidas por Leroux.—N. del T.

(5) *Voz del Pueblo*. Proudhom.

“ *Piamonte* por la idea de la *corona de Italia*: el *gran duque de Toscana*,
 “ por inclinacion, debilidad é imitacion: el *rey de Nápoles*, por fuerza.

“ Los pueblos que hayan adquirido sus constituciones, y con ellas el
 “ derecho de ser exigentes, podrán hablar en alta voz y ordenar la insur-
 “ reccion.

“ Los que estén todavía bajo el yugo de sus príncipes, deberán espre-
 “ sar sus necesidades, *cantando*, por no asustar demasiado, para no des-
 “ agradar.

“ Aprovechaos de la menor concesion para reunir y remover las ma-
 “ sas aparentando el reconocimiento. Las fiestas, los himnos y las reu-
 “ niones tumultuosas darán arrojó á las ideas, y volviendo al pueblo exi-
 “ gente, se penetra de su fuerza (1).

ORGANIZACION DE LA JOVEN ITALIA.

“ Art. 1º Esta sociedad se instituye, para la indispensable destruc-
 “ cion de todos los gobiernos de la Península, y para formar de toda la
 “ Italia un solo estado, bajo el régimen republicano.

“ Art. 2º Habiendo reconocido los horribles males del poder absolu-
 “ to, y los mayores aún de las monarquías constitucionales, debemos tra-
 “ bajar en fundar una república, una, é indivisible.

“ Art. 30. Aquellos que no obedecieren las órdenes de la sociedad
 “ secreta, ó que revelaren sus misterios, serán apuñaleados sin remision.
 “ Los traidores sufrirán el mismo castigo.

“ Art. 31. El tribunal secreto pronunciará la sentencia, y designará
 “ á uno de los afiliados, para su inmediata ejecucion.

“ Art. 32. Cualquiera que rehuse ejecutar este mandato, será repu-
 “ tado perjuro, y como tal, matado en el acto.

“ Art. 33. Si el culpable se escapa, será perseguido sin tregua en to-
 “ das partes: deberá ser castigado por una mano invisible, aunque se
 “ refugie en el seno de su madre, ó en el tabernáculo de Cristo.

“ Art. 34. Cada tribunal secreto es competente, no solo para juzgar
 “ á los adeptos culpables, sino para hacer condenar á muerte á toda per-
 “ sona contra quien haya lanzado el anatema.

“ Art. 39. Los oficiales llevarán una daga de forma antigua: los sub-
 “ oficiales y soldados tendrán fusiles y bayonetas; y ademas, un puñal,

(1) *De las condiciones presentes de la Italia*, por el duque de Ventignano, pág. 13 y siguientes.

“ de un pié de largo, colocado en la cintura, y sobre el cual prestarán
 “ el juramento, &c. &c. &c. (1).

Firmado.—MAZZINI.

Y toda esta organizacion tuvo lugar: y todas estas instrucciones fueron
 seguidas. Se va á ver el resultado.

La Italia entera fué envuelta en una red de traiciones y de perversi-
 dades: los asesinatos políticos fueron ordenados aquí y allá: el director
 de policía de Módena, el prefecto de policía de Nápoles, el legado de
 Ravennes, Lessing de Zurich, los generales de Tour, d'Anerswald, de
 Lemberg, y de Lignousky; mas tarde el conde Rossi, que traicionó su
 bandera, y muchos otros menos conocidos fueron condenados á muerte
 y asesinados por las misteriosas asambleas. Las revoluciones están en
 su fuerza.

El contagio hace rápidos progresos. Muchos cantones suizos, donde
 se encuentran todavía los nobles descendientes de los Guillemos Tell, de
 los Melcthal, los Furst, y los Arnold, se sublevan indignados contras las
sombras raquílicas de Robespierre y de Saint-Just. *José Leu* se atreve á
 combatirlos; su voz es poderosa y pura; sucumbe, héroe y mártir, ba-
 jo el puñal de los carbonarios: atacaba la iniquidad; habia merecido
 sus rayos (2).

Los asesinatos se suceden (3).

Despues del estilete, el veneno: todos los medios son buenos para el
 crimen: muchos homicidas son presos, convencidos y castigados (4); pe-
 ro los reformadores no se muestran por eso menos audaces. Lllaman
santos y mártires, los bandidos y los asesinos: repeticion de viejas costum-
 bres. Los albañales revolucionarios exhalan siempre los propios mias-
 mas; producen siempre el mismo cieno.

A continuacion de los desastres de 1830, los agentes insurreccionales,
 secundados por los comités suizos, habian partido, para enardecer el mo-
 vimiento revolucionario en Italia. Módena, y muy luego Bolonia, enar-
 bolan la bandera de la rebelion. Roma va á seguir su ejemplo.

Gregorio XVI era Papa todavía.

(1) *Piccola crónica, ó Episodios de la Historia contemporánea*, por M. Benedetto Cantalupo.—
 Nápoles 1849 y 1850. Pág. 117, 123, 125.

(2) Fué asesinado en su casa, de un pistoletazo, por un tal Muller. (*Historia de Sunderburd*.
 Cretinea-Joly).

(3) Una continuacion de tentativas de asesinatos tuvo lugar contra los legados. Un pistoleta-
 zo fué tirado en el carruaje de Rivarola, que hirió gravemente á su secretario. Una tarde, en me-
 dio de la plaza pública de Ravenna, un sacerdote recibió cuarenta tiros, porque pasaba por confi-
 dente del legado: la plaza estaba llena de gente; nadie osó denunciar á los culpables; tanto terror
 inspiraban los carbonarios.

(4) Targhini, sobrino de un servidor del Papa, y Montanari, cirujano de nocca di papa, fue-
 ron condenados á muerte por asesinatos políticos.

¡Cuántas traiciones bajo su reinado! ¡Cuántos complots! ¡Cuántas revueltas! Todos los reyes de la tierra habían cejado entonces ante los desempedrados de Julio; y todos con oído descuidado, escuchaban tranquilamente el ruido sordo y continuado del martillo destructor, que pronto á demoler sus tronos, minaba el edificio social.

Apenas había sido electo Gregorio XVI, cuando una horrible conspiración estalló en Roma. Un pistoletazo tirado en la plaza Colonna, debía ser la señal de un gran levantamiento. La trama fué desbaratada por la vigilancia del secretario de Estado Bernetti; pero esto no fué mas que aplazar la cuestión (1).

Bolonia era el centro de las pasiones anárquicas: la familia Bonaparte propuso allí despojar á Gregorio XVI. “*El papado no es de nuestro siglo,*” escribía entonces Luis Napoleon, hermano del presidente de la república francesa; y los romanos proclamaron la caída del santo Pontífice.

María Luisa, en este mismo año de 1831, estaba lanzada de sus Estados por los *carbonarios*, que proclamaron también su caída y formaron un gobierno provisorio en Parma. Su triunfo no duró mas que veinte días: María Luisa volvió á entrar triunfante en su capital: el Austria había venido en su ayuda.

Entre los que se habían sublevado contra el Papa, se hacía mas notables Luis Napoleon, que mas luego murió en *Forlì*: combatió personalmente en *Terni*.

Los rebeldes estaban armados, y en gran número: se contaban cuatro mil en Spoleto. Quisieron tomar en rehenes al arzobispo Mastai (Pio IX), el cual logró escapar por la fuerza de su piadosa elocuencia. El Santo Padre envió tropas contra ellos, y los insurgentes fueron derrotados (2).

Fuertes los facciosos con este apoyo protector, hasta que fueron vendidos en todas partes por las tropas pontificales y los soldados austriacos, tomaron un aspecto amenazante. Se formaron en columnas móviles; mataron al conde Bosdani, alcalde de Ancona, y cometieron toda clase de atrocidades.

Piden á grandes gritos la libertad de la prensa; quieren la organización de la guardia nacional. ¡Las plumas demagógicas, y las espadas revolucionarias! Con tales elementos de disolución, con semejantes pa-

(1) En seguida de esta odiosa trama, Gregorio XVI ordenó por un edicto, que todo extranjero abandonase inmediatamente á Roma, á menos que no justificase los motivos de su permanencia.

(2) En Enero de 1832, la tropa pontificia había entrado en *Cessena*, á viva fuerza y á cañonazos. En Marzo de 1831 se había apoderado de *Rieti*, donde Sereognani había proclamado también un gobierno provisorio. Este faccioso no duró mas que tres días, y se fugó. Cerca de dos años despues, este mismo Sereognani, murió miserablemente en un hospicio de Paris.

lancas, batiendo continuamente en brecha el poder y el orden, saben que ningún gobierno es posible. Es la revolución constituida legalmente; la anarquía criando sus fundamentos con impunidad.

El Santo Padre había lanzado una excomunión contra los sediciosos. ¡Pero qué les importaban á ellos los rayos del Vaticano! Ellos no creían mas en Dios, que en su ministro; no tenían fé mas que en los demonios, ni eran fieles mas que para sí mismos.

Se solicitó una amnistía. Gregorio rehusó desde luego; pero sus numerosos enemigos tenían el apoyo de la Francia, y se vió precisado á ceder: solamente excluyó del número de los agraciados á los principales gefes de las revueltas, *Mamiani, Vicini, Terretti, Orioli, Sereognani, Silvani, Stervini, Luis Napoleon*, y todavía muchos otros.

Mas tarde, la mayor parte de estos nombres reaparecieron triunfantes. Estos fuegos quedaron cubiertos con la ceniza.

Entre tanto, la monarquía ciudadana de Paris había cesado poco á poco de prodigar sus apretones de mano patrióticos; no cantaba mas la Marsellesa en los balcones de su palacio; había puesto un término á sus simpatizaciones democráticas; y comenzaba á preferir una alianza con los reyes de la tierra, á los vivas de los suburbanos de Paris: creía, por otra parte, que en Italia como en Francia, el derecho de insurrección no pudiera elevarse tan alto, que fuese él solo la suprema ley.

Negocia con las potencias extranjeras, relativamente á la Santa Silla; y se le remitió á Gregorio XVI un *memorandum*, en que se le prometía el socorro de la Francia y de la Inglaterra, si quería hacer algunas modificaciones en su gobierno, especialmente la secularización de su administración.

El Santo Padre protestó contra este atentado á su soberanía temporal; aceptó, sin embargo, algunas de las condiciones impuestas. De sus tres jueces en materia civil y criminal, consintió en nombrar dos legos, que, de acuerdo con los legados, se encargasen de trabajar en bien de la nación (1); despues promulgó mas tarde un código civil, y un año despues un código criminal.

Estas medidas, que destruían antiguos abusos, eran de una utilidad reconocida. ¿Pero estas eran las reformas y las mejoras que querían los discípulos de Mazzini? No: lo que les faltaba eran los honores, las riquezas y la autoridad, cambiando de lugar en su provecho. ¿Cuáles eran sus votos? Destruirlo todo, para apoderarse de todo; arruinarlo todo, para enriquecerse. ¿Qué importaba que el país quedase degradado, con tal que ellos se elevasen poderosos?

(1) Hasta allí no habían existido los consejos provinciales.

Ya no tenía la revolución pretextos para tirar de la espada; esparció infames libelos: ataca con las armas del ridículo, no solamente los derechos del poder, sino los dogmas de la religión; junta la blasfemia á la impiedad; insulta á la vez el cetro y la tiara, y...; cosa tan deplorable, como estraña, en un siglo de civilización! ninguna potencia se levantó airada para imponer silencio, ninguna pluma enérgica lanzó el anatema de su indignación. ¿Por qué, pues, la Europa entera permanece tan enmudecida? ¡Ay! Es porque la Francia se calla.

Las sociedades secretas continuaron repartiéndose por toda Europa; y luego que la Santa Silla hubo obtenido que evacuaran los Estados pontificios las tropas francesas y austriacas, fué precisa la creación de tribunales excepcionales para contener los alzamientos de la Joven Italia. La expedición de los hermanos Baudiera, en Calabria, había sido meditada y protegida á larga mano por los adeptos de Mazzini. Una revolución estalla de nuevo en Forli, en Fuenza y en muchas otras ciudades de la Romanía; á la cabeza de los movimientos estaban los mismos hombres que el Papa había amnistiado en 1831.

De repente, *Rimini* cae en poder de una horda de insurgentes: se comienza por robar el tesoro público; y proclaman allí los rebeldes un gobierno provisional. Gizzi, legado en Forli, nada había sentido, nada visto, nada previó.

Rimini se vió lisonjeada con que todos los países vecinos imitasen su ejemplo, y no fué así, de un modo insignificante. *Rimini*, contra la cual se hicieron marchar tropas, fué obligada á rendirse. Los regimientos suizos, los voluntarios y los carabineros, triunfaron por todas partes de los rebeldes. Galetti fué aprisionado; Beltrami, Lovatelli y otros gefes, emprendieron la fuga y se internaron en Francia y en Toscana, acostumbrados refugios de anarquistas. Las tramas no pudieron realizarse, y la ciudad eterna triunfó.

“Las naciones, decía después Mazzini suspirando, no están todavía para manumitirse, les faltan muchas luces.”

Penetrado de esta idea, el príncipe de Canino, el primogénito de las revoluciones romanas, pensó que debía reforzar las sociedades secretas, organizando á cielo descubierto, bajo el nombre de *Congresos científicos*, una vasta propaganda revolucionaria. La medida fué adoptada.

El congreso, según sus reglamentos, debía reunirse cada año, bajo pretexto de estudios literarios y sabios, en una de las grandes ciudades de Italia: cada una tendría su turno alternativamente, á fin de que las luces, repartiéndose sobre cada territorio como un sol vivificante, hiciesen *madurar* cada pueblo. Las grandes bases de la regeneración italiana, eran éstas, como el preludio, y como el cebo para cazar:

1ª *Prometer la Lombardía al Piamonte*: aquí estaba el sueño de Carlos Alberto.

2ª *Agrandar el Estado romano, con todas las comarcas que lo separan de Venecia*. Esta esperanza era de tal naturaleza, que debía seducir al gobierno pontifical.

3ª *Ofrecer la Cerdeña al rey de Nápoles*: esto podía tentar á las dos Sicilias.

El plan fué puesto por obra con suma habilidad. *El congreso científico* comienza sus operaciones; profesa abiertamente las doctrinas de la Joven Italia, á propósito de artes y ciencias. Turin, Génova, Milan, Florencia, Nápoles y otras grandes ciudades, ven llegar sucesivamente los apóstoles de la nueva fé. Se les abren todas las puertas. Solo Gregorio XVI tiene el valor de cerrarles las suyas: él había comprendido su objeto.

Se debe un tributo de justicia á Gregorio XVI. Solo, sin fuerzas, sin apoyo, resiste victoriosamente en las circunstancias más difíciles, á los factores de las rebeliones. Lejos de ser un tirano sin piedad, perdona mucho; demasiado, tal vez. Se le ha criticado no haber corregido ciertos abusos del gobierno pontifical, y no haber favorecido bastante el movimiento industrial de la época; pero, ¿cómo mejorar la organización administrativa, cómo ocuparse de las necesidades del comercio, y trabajar por el progreso de las artes, allí donde continuamente se agitan las facciones! ¡Allí donde el orden social, todo entero, está diariamente sometido á cuestiones! Pudo cometer faltas sin duda; pero supo resistir los desórdenes, y permaneció firme sobre su trono.

Gregorio XVI murió el 1º de Junio de 1846.

Las sociedades secretas lanzaron un primer grito de felicidad. Mazzini, á quien el abate Gioberti señala más tarde en sus escritos como *el enemigo más grande de la Italia* (1), vió despuntar en este momento la aurora de su gloria futura. Las revoluciones de Roma, de Nápoles, de Palermo, de Florencia, de Milan, de Parma, de Módena y de Venecia, debían sucesivamente estallar. El gran movimiento de la Italia se prepara. La anarquía va á ponerse en marcha, y ésta será á pasos de gigante.

(1) Véase los “Últimos sesenta y nueve días de la república en Roma.”—Roma, 1849.—Pág. 152.